

Laffitte y escrita en el castillo de Neuilly á las tres y cuarto de la mañana.

M. Laffitte, no la habia recibido hasta las once.

Dicha nota decia así:

“El duque de Orleans está en Neuilly con toda su familia: cerca de él, en Puteaux se encuentran las tropas realistas y bastaria una orden de la corte para que lo aprehendiesen logrando así poseer una prenda para su seguridad futura.

“Se proponen ir á verle en nombre de las autoridades constituidas, acompañadas convenientemente, y ofrecerle la corona. Si manifiesta escrúpulos de familia y de delicadeza, se le dirá que su permanencia en París es necesaria para la tranquilidad de la capital y de la Francia entera, y que se hallan en la necesidad de cuidarlo con la seguridad debida. Puede contarse con el buen éxito de esta medida; y aun puede asegurarse que ‘el duque de Orleans no tardará mucho en asociarse completamente á los deseos y votos de la nacion.’”

CAPÍTULO XLII.

POR su parte M. Thiers, despues de haber visto lo mal recibidas que fueron en el pueblo las proclamas, y el buen efecto que produjeron en el Hotel-de-Ville, habia vuelto á

casa de M. Laffitte para aceptar, en union de Scheffer la delicada y decisiva mision de ir á ofrecer al duque de Orleans la corona.

Scheffer era amigo de la familia del duque, tanto como puede serlo un artista de unos príncipes.

Ambos partieron.

El duque de Orleans no estaba en Neuilly.

Los dos embajadores solicitaron ver á la duquesa.

La duquesa los recibió.

Sin duda ignoraba la causa que los conducia, porque su semblante manifestaba mas severidad que inquietud.

M. Thiers tomó la palabra.

A medida que avanzaba en su discurso, el austero rostro de la duquesa se iba volviendo sombrío.

Cuando M. Thiers acabó, en lugar de responderle, volvióse á Scheffer que habia permanecido callado, y le dijo:

—¡Oh! caballero ¿cómo habeis podido encargarnos de semejante comision?—Que el señor—añadió designando á Thiers—que el señor lo haya hecho, lo concibo perfectamente porque no nos conoce, pero ves que nos habeis tratado de cerca. que podiais conocernos. . . . ah! nunca os perdonaremos esto. . . .

Los dos enviados saludaron é iban á retirarse cuando madama Adelaida se presentó acompañada de madama de Monjoie.

Solo una cosa inquietaba á madama Adelaida y era que su hermano y ella, ya al fin de su vida, tuviesen necesidad de volver al destierro en que habian pasado su juventud.

Asi es, que sin aceptar ni rechazar la proposicion hecha al duque de Orleans:

—Que hagan de mi hermano un presidente, un guardia nacional, todo lo que quieran. . . .—dijo—con tal que no hagan de él un proscripto.

Entonces los dos embajadores cobraron valor é insistieron con madama Adelaida: esta abandonando al instante la cues-

tion de las susceptibilidades de familia, abordó la más grave y difícil de las susceptibilidades políticas.

Consistía en M. Thiers convencerla, y no le costó gran trabajo.

La princesa deseaba que la convenciesen.

Después, como la reina indicaba nuevas objeciones:

—¡Oh! lo que es yo—dijo ella—no soy una princesa extranjera: soy hija de París, y si estos Señores lo creen útil para la causa de mi hermano estoy pronta á presentarme en medio de los parisienses.

Los dos enviados no juzgaron necesario este paso y quedó convenido que se avisaría al duque de Orleans lo más pronto posible del estado de las ideas en la capital y de la oferta que se le hacía.

M. de Montesquiou partió al instante á llevar este aviso al príncipe, oculto en un sitio conocido solo de los del castillo.

¿Qué hacían entretanto M. de Mortemart por un lado y los republicanos por otro?

Como unos y otros debían encontrarse á medio día en el Hotel-de-Ville en el momento en que los diputados bajo la presidencia de M. Laffitte se reunían en el Palacio-Borbon, veamos lo que pasaba en el Hotel-de-Ville.

Ya hemos hablado de los rumores producidos por la proclama salida de la imprenta del *Nacional*.

Los gefes del partido republicano prevenidos á tiempo de lo que ocurría, se habían reunido armados en casa de Lointier.

Entre ellos, se habían deslizado, para saber sus proyectos algunos emisarios del partido orleanista que ostensiblemente aparecían como republicanos.

Estos emisarios se presentaron á los republicanos contando con la adhesión de Beranger.

En efecto, Beranger, cuyo nombre pronunciamos por la vez primera, era quizás el que más había trabajado en favor del duque de Orleans.

Beranger era el alma de M. Laffitte.

M. Laffitte, hombre lleno de gracia y de cortesanía cuando su propio interés ó el de su popularidad lo demandaban, M. Laffitte abandonado á sí mismo, era débil, indeciso, y apenas medianamente instruido en los hechos históricos, sin cuyo conocimiento puede poseerse y ostentarse la política del corazón pero no la del razonamiento.

Todo lo que tenía M. Laffitte lo tenía Beranger, y además poseía lo que á aquel le faltaba.

Beranger había comprendido, aunque republicano en el alma, que antes de llegar á la república había aun una última forma de gobierno de que hacer uso: comprendió que al descender de la monarquía de derecho divino á la magistratura popular, no podía hacerse por una suave pendiente, sino que se esponían á caer en un inmenso abismo. Desinteresado como lo había sido siempre, desconfiando del duque de Orleans pero desconfiando más todavía de los representantes del partido democrático, había apoyado al duque de Orleans con su popularidad, con su talento y con su integridad.

M. Laffitte tenía la mayor confianza en Beranger, y con justa razón, por que la mejor parte de su popularidad, la debía M. Laffitte á la influencia que Beranger ejercía en él.

Pero por poderoso que fuese el nombre de Beranger, tenía varios grados de poder, estendiéndose este menos en los salones de M. Lointier que en los de M. Laffitte. Así es que el orador orleanista que hablaba en nombre de M. Laffitte y que invocaba la adhesión de Beranger, recibió un escupitajo en la cara que le lanzó un miembro de la asamblea que mirando su traición quería acabar con el traidor de un balazo.

Se le quitó el fusil con que le amenazaba y en medio de mil rumores se redactó esta manifestación destinada al gobierno provisional del Hotel-de-Ville.

“Ayer ha reconquistado el pueblo sus sagrados derechos,

á precio de su sangre: el mas precioso de aquellos, es, el de poder elegir su gobierno con toda libertad: es necesario impedir por lo mismo, la circulacion de cualquiera clase de proclamas que señalen un gefe, pues ni aun la forma de gobierno está determinada.

“Existe una representacion provisional de la nacion: adoptémosla interin son conocidos los deseos de la mayoría de los franceses.”

Se necesitaba una persona segura para llevar esta manifestacion al Hotel-de-Ville. Elijóse á Hubert, el mismo á quien hemos visto hacer tan gran papel en la invasion de la cámara el 15 de Mayo.

Hubert se dirigió al Hotel-de-Ville: iba vestido de guardia nacional, pero para mayor seguridad rodavía, lo acompañaban seis miembros de la reunion.

Estos seis guardianes del pabellon republicano, que se encargó Hubert de desplegar y sostener con su tan conocido valor, eran Bastide, Hingray, Teste, Guinard, Trélat y Pouvelle.

La diputacion se presentó ante el general La Fayette.

Hubert llevaba la representacion en la punta de la bayoneta de su fusil: abrióla, leyóla en alta voz, y concluida la lectura, dijo mostrando las huellas de las balas que se percibian en el techo:

—En nombre de la sangre derramada, mi general, yo os conjuro para que no dejeis nos arranquen el premio de la victoria.

El general La Fayette estaba muy embarazado: habia contraido ya algunos compromisos, y así es, que respondió al conciso discurso de Hubert con una manifestacion prolija en que hizo una confusa mezela de sus recuerdos de América y de Francia. Debatíase en medio del lago de tibia elocuencia de su discurso, en el que sobrenadaban de vez en cuando ideas mas bien constitucionales que republicanas, cuando el general Carbonnel se aproximó anun-

ciándole la visita de un par de Francia, que deseaba hablarle á él solo.

Esta fué una fortuna para La Fayette en aquellos momentos, porque le evitaba dar una respuesta positiva.

Trató de levantarse, pero los jóvenes republicanos le detuvieron.

Conocian que su La Fayette iba á escapárseles.

Carbonnel insistia.

—Hacedle entrar—le dijo por fin La Fayette.

—Pero el par de Francia no quiere hablar mas que á vos.

—Entonces—dijo el general—no logrará hablarme, porque me hallo entre amigos para los que no tengo nada oculto.

Y saludó con la mayor gracia á los jóvenes republicanos.

Aun le quedaba al antiguo defensor de las libertades del 89, un resto de aquellas formas aristocráticas, cuya influencia sentian las naturalezas mas rudas.

Los jóvenes se frotaron las manos de gusto, y el par de Francia fué introducido.

Era M. de Sussy.

Llegaba de la cámara de diputados que habia rehusado recibirlo.

Era portador de la ordenanza de Carlos X redactada durante la noche por MM. de Argout y de Vitrolles. Esta ordenanza le habia sido entregada por M. de Mortemart, que habia puesto en sus manos los intereses de la monarquía.

Se habia dirijido desde luego á la cámara, pero habia llegado precisamente en el mismo momento en que MM. Sebastiani y Benjamin Constant acababan de estender la declaracion siguiente, que leida en la tribuna habia arrancado infinitos aplausos:

“La reunion de los diputados que residen actualmente en Paris, ha creído urgente suplicar á S. A. R. M. el duque de Orleans se venga á la capital para ejercer en ella las funciones de teniente general del reino, y se le manifieste

los deseos que hay de conservar la cucarda-tricolor. Se necesita absolutamente poder ofrecer á la Francia, en la próxima sesion de las cámaras, todas las garantías indispensables para la mejor y mas completa ejecucion de la Carta.”

Adoptada esta proposicion, nombróse una comision de doce miembros para manifestar al duque de Orleans los deseos de la cámara.

Veamos que es lo que habia determinado á M. de Sussy á dirigirse al general La Fayette.

M. de Sussy estaba de desgracia: si malo era el momento para hablar de Carlos X en la cámara, peor era para ocuparse de él en el Hotel-de-Ville.

En efecto, apenas vió el general de lo que se trataba, pasó la nueva ordenanza á la diputacion republicana.

Era el medio mas seguro para separar las ideas de la candidatura del duque de Orleans.

Un solo grito se escuchó: grito elevado en coro por toda la diputacion:

—¡No mas Borbones! ¡No mas Borbones! Un republicano hasta se atrevió á alzar la mano contra M. de Sussy.

Trélat le detuvo.

—Qué vas á hacer? le preguntó?

—Qué voy á hacer? á echarlo por la ventana.....

—Qué pienses en eso! un agente.....

—Caballero, dijo La Fayette, ya veis el estado de exaltacion en que se encuentran los espíritus. Todo lo que puedo hacer por vos, es introducir y presentaros á la comision municipal.

El conde de Lobau que allí se hallaba, se ofreció á acompañar al conde. M. de Sussy aceptó, suplicando á La Fayette se sirviese dirigir una carta á M. de Mortemart, manifestándole que él habia tratado de desempeñar su mision.

Mientras introducian á M. de Sussy ante la comision municipal, M. de La Fayette escribia la siguiente carta:

“Señor duque:

“He recibido la carta que me habeis hecho el honor de dirigirme, con todos los afectuosos sentimientos que vuestro carácter ha largo tiempo me inspira. El señor conde de Sussy os dará cuenta de la visita que ha tenido á bien hacerme: yo he llenado vuestras intenciones leyendo ante las personas que me rodeaban, vuestra misiva y he invitado á M. de Sussy pasase á verse con la poco numerosa comision que se hallaba en el Hotel-de-Ville. Ha visto á M. Laffitte que estaba con varios de sus colegas; y cuidaré de remitir al general Gérard los pliegos de que me ha encargado.

“Los deberes que me detienen aquí me imposibilitan poder ir á buscaros en persona. Si vinieseis al Hotel-de-Ville, tendré el honor de recibiros pero sin que sacásemos utilidad ninguna para el principal objeto de nuestra conversacion, porque vuestras comunicaciones han sido dirigidas á mis colegas.”

M. de La Fayette mostró esta carta á la diputacion republicana, que se retiró refunfuñando.

—Idos, idos, les dijo M. Odilon Barrot, pero creedme, el duque de Orleans es la mejor de las repúblicas.

Ya al salir, Audry de Puyraveau deslizó un paquete en la mano de Hubert.

—Tomad—le dijo en voz baja—leed esa proclama.

Era la proclama redactada por la comision municipal. Decia así:

“La Francia es libre, y quiere una constitucion.

“Solo permite al gobierno provisional el derecho de consultarla.

“Mientras no haya espresado su voluntad por medio de nuevas elecciones, respecto á los principios políticos siguientes, la custodia de la constitucion está confiada á ella sola, á la nacion.

“No mas trono.

“El gobierno ejercido por mandatarios elegidos por la nacion.